

Un compañero de mi primo, que recientemente estuvo en Londres, le contó que, durante su estancia en Londres, entre diez y once de la noche, en Picadilly Circus, se le ocurrió la idea de tomar un metro, el que fuera, e ir hasta el final de la línea, cosa que había hecho ya muchas veces, porque, hasta donde podía recordar, nada le había entusiasmado tanto en su vida como el metro de Londres, que no podía compararse con ningún otro metro del mundo, y desde luego no con el metro de París que, cuando por primera vez montó en él, lo decepcionó tanto que decidió no volver a poner los pies en la ciudad de París. Apenas estaba ese compañero en Londres, tomaba cualquier metro y viajaba en él tanto como podía y, realmente, había recorrido todas las líneas del metro de Londres tantas veces que no podía contarlas. Realmente, en el día de que se trata había viajado ya varias veces en metro, pero ni siquiera después de las diez de la noche había tenido bastante. Sin embargo, entonces, según le dijo el entusiasta del metro a mi primo, cuando llegó el metro que esperaba y se abrieron las puertas automáticas, cayeron fuera los viajeros apretados contra las puertas, totalmente rígidos y muertos, y los otros permanecieron en el metro de pie o sentados, igualmente rígidos y muertos. Asustado, él, que era el único que esperaba en el andén, subió corriendo otra vez a Picadilly Circus. Sin embargo, cuando les contó arriba a los empleados del metro lo que había visto, ellos se limitaron a sacudir la cabeza. Entonces fue hasta el Knightsbridge, para tranquilizarse. Desde entonces no viaja nunca en metro.